

recreado por el Divino Infante Jesús: José de Leonisa, hijo del héroe de la pobreza evangélica, Francisco de Asís, salvando á los cautivos del arrabal de Pera, en Constantinopla, de los estragos de una horrible epidemia que assolaba aquella comarca: José de Cupertino, de la misma dilatada esclarecida familia, al que la Iglesia no ha vacilado aplicar la elevada frase de San Pablo: *Mortuus sum et vita mea abscondita est cum Christo in Deo*: y esta otra del Profeta de Patmos: *Ostendit mihi Dominus fluvium aquæ vivæ, tamquam crystalum, procedentem de sede Dei et Agni*; y en fin, para terminar ya en nuestra patria misma, á San José de Calasanz, padre putativo de la infancia abandonada.

Hijo que crece, José, hijo que crece: mirad ahora, en una rápida y concisa ojeada, su culto: culto, en un todo parecido al de María, que comienza en pequeño arroyuelo que se desliza entre la yerba fecundada por el rocío de la sabiduría y de la prudencia de la Iglesia, para convertirse, poco á poco, en río caudaloso, alimentado por la afluencia de los pueblos, y en mar inmenso, extendido de Oriente á Occidente, y de Septentrión á Mediodía, por la multitud de los beneficios, la grandeza de los milagros y la riqueza de los favores, realizándose en él, más que en ningún otro acontecimiento religioso, después del hecho de la propagación de la Iglesia, y del culto y devoción de la Virgen Madre, aquella gloriosa profecía del ascendiente de María y de José: *Dominará de un mar á otro mar, y desde el río hasta los confines de la tierra*.

Vedle naciendo, como el sol, en el Oriente, tierra privilegiada y bendita de donde viene la luz al mundo físico, y el resplandor santo de la verdad al mundo espiritual: los griegos, los sirios y los coftos celebran, desde tiempo inmemorial, la fiesta de San José; y las Cruzadas, al emprender sus gigantescos propósitos, aprenden, y admiran, y abrazan entusiasmadas ese culto, y lo traen, envuelto entre los pliegues de su gloriosa bandera, al Occidente, de donde salieron; los Carmelitas, sus portadores, la trasmiten á los hijos de Domingo

de Guzmán y de Francisco de Asís: y del Concilio de Constantza parte la voz y la pluma de Gersón, encomiando el culto josefino, y recomendando, primero, al gran Duque de Berry; después á la Iglesia de Chartres, y por último, á la universal Iglesia: la Ultrayectina, la de Espira, y nuestra Primada de Toledo, responden inmediatamente al devoto llamamiento del Canciller de la Universidad de París: Sixto IV, Inocencio VIII, San Pío V hacen crecer el nombre de José, extendiendo su fiesta con rito doble y oficio propio á todas las iglesias del universo católico: Gregorio XV y Urbano VIII la constituyen festividad de precepto para los fieles: Inocencio XI declara Patrono del imperio alemán al Santo Patriarca, á instancia del Gran Leopoldo, y le concede la fiesta de los Desposorios, concesión asimismo otorgada con la de su glorioso Patrocinio á nuestra patria, por el citado Pontífice, á ruego de Carlos José, hijo de Felipe IV: Benedicto XIII manda colocar ese nombre glorioso en las Letanías mayores, inmediatamente después del de San Juan Bautista: Pío VII le concede antelación á los de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo en ciertas oraciones de la Iglesia, y finalmente, Pío IX le declara Patrono Universal de la Iglesia Católica: ¿no veis, hermanos míos, cómo crece el nombre de José, según su etimología, citada por Jacob en el lecho de la muerte?

Y fijaos un momento, os lo ruego, en esta última solemne declaración y patronato, porque ella es, á no dudarlo, la más expresiva y augusta manifestación del poder de José, de la bendición del Eterno Israel sobre el hijo que crece, como que en ella se realiza la expresión suprema del poder de Dios en la tierra, la realización de aquellas proféticas frases del Monarca egipcio: *Uno tantum solio regni te precedam: Después de mi trono, el tuyo: al eco y mandato de tu voz, obedecerá todo el pueblo*.

Y es más todavía: el judío Mardoqueo, tutor y padre de la hermosa Edissa ó Esther, al recibir el debido premio por sus servicios y fidelidad al trono y monarquía del poderoso Asuero, ve humillado por completo al soberbio é insidioso Amán,

que para colmo de su confusión y derrota tiene que llevar la brida de la cabalgadura del israelita, proclamado por público pregón en frases tan honrosas como las siguientes: *Así será honrado cualquiera que el Rey quiera honrar*; ¿y á quién simboliza Amán, sino á Lucifer? ¿Y á quién obliga José, sino á Satán, á llevar las riendas de su cabalgadura, para recorrer en triunfo la inmensa extensión de la Iglesia universal? ¡Ah, realización completa y gloriosa de aquellas frases de David, literalmente aplicables al Salvador del mundo, pero perfectamente también bajo el punto de vista de su novísimo Patronato, á su Padre putativo en la tierra: *Y saldrá el diablo prostrado ante sus pies: se presentará, y medirá la tierra*: sí, la medirá José, con su vara florida, con su vara de protección, y con su báculo de fuerza y de consuelo; pero la obligará á medir al príncipe de los abismos, para que se la entregue, para que no le pueda robar un palmo siquiera, para que reconozca, bramando de cólera, toda la extensión del reino comprado á costa de la sangre de Jesús, y entregado á su solicitud y cariño!

Dejadme ya, para concluir, citar dos ó tres frases más de la bendición de Jacob: mirad con ellas á José, el hijo que crece, hijo de la hermosura: *Decorus aspectu*: dejadme contemplarle, con las *doncellas que suben al muro*, si no es con las virtudes que caen sobre el muro de su alma, como las ramas del árbol cubierto de fruto, y apoyado en el cercado del huerto de la Esposa de los Cánticos: miradle, en fin, para despediros de él: ¡qué hermoso es ese hijo que crece, que crece en sí, que crece en nosotros, que crece en el Cielo, que crece en la tierra, en el abismo, en todas partes, en fin, con bendiciones que llueven sobre su venerable cabeza!

Y ya que tenéis tantas, Santísimo Patriarca, hacednos merced de algunas: derramadlas sobre la Iglesia, su Vicario y sus fieles todos, sobre vuestros devotos, sobre la sociedad que se extravía, como sobre la que crece aquí en virtudes, para crecer algún día con Vos, como la palma y el cedro, en los elevados montes de la Gloria.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DEL GLORIOSO PATRIARCA S. JOSÉ, ESPOSO DE NTRA. SRA.

Cui nomen erat Joseph.
Que se llamaba José.

(Luc. I, v. 27.)

Exordio. Propósito de nuestro siglo en inventar frases y desnaturalizar nombres.—El de Dios.—La filantropía.—Las necrópolis.—La Moral en vez del Evangelio, ó la Religión.—No es cuestión de nombres.—Los nombres bíblicos.—El de José.

Proposición. Todo su panegírico puede basarse en su nombre.

Bendiciones de Jacob moribundo.—La de José.—Etimología del nombre, citada por el anciano.—El José del Nuevo Testamento, superando al Antiguo en ciencia, virtud y poder.—Hijo que crece.—Repetido dos veces.—Ciencia infusa de José.—Ciencia adquirida.—Testimonios de los Stos. Padres acerca de esto.—Virtudes y sufrimientos del Santo Patriarca.—Su poder.—Superior al del José antiguo y al de Moisés.—Frases y testimonios de la Iglesia.—Secreto de sus restos mortales.—Los sueños misteriosos.—Los años escasos y fértiles.—Los beneficios y los milagros.—El nombre de José en sus sucesores.—José de Arimathea.—José el Justo.—José, Presbítero y Mártir.—José, Conde de Escitópolis.—B. José Hermán, Premons. tratense.—José de Leonisa.—José de Cupertino.—José de Calasanz.—Siempre creciendo en sus hijos y devotos, que llevan su nombre.—Creciendo asimismo en su culto.—Parecido al de María en todos sus detalles.—Propagación de la Iglesia.—El Oriente, cuna de la luz en el mundo físico y espiritual.—Las Cruzadas.—Los Coftos, Siros y Griegos. Los Carmelitas, Dominicos y Franciscanos.—Gersón y el Concilio de Constanza.—Las Iglesias particula-

res.—Toledo.—Iglesia Romana.—Pontífices haciendo crecer su culto, desde Sixto IV á Pío IX.—Patronato de la Iglesia universal.—Reflexiones sobre esta circunstancia.—Completa realización de la profecía de Jacob.—De los mandatos de Faraón, respecto de su lugarteniente en Egipto.—Triunfos de Mardoqueo, asociados á los de Esther.—Pregón ordenado por Asuero.—Amán llevando el diestro del caballo enjaezado, sobre el que cabalga Mardoqueo, en premio de sus servicios y fidelidad al Rey.—Amán, figura del demonio.—Realización de la profecía davídica.—El diablo postrado y midiendo la tierra.—Otras frases de Jacob, bendiciendo á José.—Su hermosura.—Súplica al Santo.

SERMON

DE SAN PEDRO APÓSTOL.

Et apprehensa manu ejus dextera, allevavit eum, et protinus consolidatae sunt bases ejus et plantae.

Y tomándole por la mano derecha, le levantó, y en el mismo punto fueron consolidados sus pies y sus plantas.

(Act. III, v. 7.)

Aparecen de vez en cuándo en la dilatada serie de los siglos, en la historia del mundo, y en las eternas vicisitudes de sus hechos y de sus personajes, como de sus ideas y de sus costumbres, hombres que no se pertenecen á sí mismos, que no constituyen una existencia aislada, ni pueden asignarse á una sola y determinada época, y esto, que aún se verifica en las debidas proporciones, dado el sello de caducidad que lleva en sí todo lo criado, se ostenta, en absoluto, en los elegidos de Dios, sobre todo cuando han sido destinados para representar una institución, para perpetuar un hecho, para dar testimonio eterno de una promesa: los fundadores de las órdenes religiosas, como los inventores de útiles descubrimientos y los hombres benéficos para la humanidad, viven en sus hijos, en sus artefactos, en sus obras de misericordia: los Apóstoles en el episcopado católico; Pedro, en el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Le he nombrado, y voy á delinear inmediatamente su elogio; pero ya conoceréis, por las reflexiones que acabo de expo-